

Hablóles desta suerte Juan del Rio :

« Señores, esperemos la mañana,
 Quel deseo de todos es el mio;
 Mas dejar esta poca tierra llana
 Téngolo por notorio desvario,
 Y muy mayor salir con obscurana,
 Donde por ser tan áspera la sierra
 Podéis morir sin ver quién os da guerra.

» Conviéne nos velar y estar á pique
 Y que tomemos por alojamiento
 La casa y el cercado del cacique,
 Porque mejor lugar yo no lo siento,
 Pues si de los contrarios hay quien pique,
 Es uno mas allí que dellos ciento:
 Rondarán á caballo por de fuera
 Desde el llano compás á la ladera.

» Si pasase la noche sin estruendo
 Y sin acometer bando contrario,
 Salirnos hemos en amaneciendo
 Con orden y recato necesario. »
 Entraron pues adonde voy diciendo;
 Mas tres tuvieron pensamiento vario,
 Alejándose fuera del cercado
 Con sus caballos y el demás recado.

Dos para cada cuarto son las velas,
 Ellos y los caballos bien armados,
 Con otras prevenciones y cautelas
 Que tienen en la guerra los cursados:
 Duermen todos calzadas las espuelas,
 Las sillas y los frenos alistados,
 Para cualquier rumor hallallo junto
 Y ensillar y salir en ese punto.

El cuarto de la prima fué rendido
 De la modorra semejantemente,
 Sin sentirse bullicio ni ruido
 De viva criatura ni aparente,
 Aunque cuasi pegado con el nido
 Crecidísimo número de gente;
 Y era cuando velaban la mañana
 Diego Quintero y Luis de Lizana.

Y al tiempo quel lucero matutino
 Su resplandor venia descubriendo,
 Salió la tempestad y torbellino
 Con estampida de clamor borrendo:
 Los tres hombres mataron de camino,
 Estando sus caballos componiendo;
 Mas no les dió lugar el avenida
 En multitud y en impetu crecida.

Los indios procuraron el entrada,
 Mas con sumo valor fué defendida,
 Y de la gente bárbara granada
 No poca cantidad quedó tendida,
 Unos caidos en el albarrada
 Y otros dispuestos á perder la vida;
 Y como viesan el sangriento juego
 Determinaron de ponelles fuego.

Venian ciertos indios con candela,
 Por ser aquellos los ardidés ciertos
 Y aun el riesgo mayor que se recela
 Por los que peleaban encubiertos;
 Mas con su sangre por los dos de vela
 Ellos y los tizones fueron muertos,
 Y á no salir tan bien lo que se hizo,
 Perecieran por ser todo pajizo.

Ocupó Juan del Rio los arzones
 De un salto por salir á la rencilla,
 Y un negro suyo con las turbaciones
 (¡Oh caso singular y maravilla!)
 El caballo cinchó por los riñones,
 La cincha por debajo de la silla;
 Así que para la batalla dura
 Las piernas solas eran ligadura.

Ocon tiene por nombre su caballo,
 Del cual dicen algunos tantos bienes
 Que con razon podremos igualarlo
 Al de Adriano dicho Boristenés:
 Agora no podia sosegallo
 Oyendo los careajes y almacenes;
 Rompió con él por la mayor pujanza,
 Haciendo maravillas con la lanza.

Mas si su dueño con auxilio santo
 Traspasa pechos y ensangrienta frentes,
 El buen rocín Ocon con otro tanto
 Baña las herraduras y los dientes,
 No sin admiracion ni sin espanto
 Del español y bárbaros presentes,
 Pues sin espolear ni meter hierro
 Los va remordiscando como perro.

A los mas señalados arremete;
 Con bocados y coces los lastima;
 Admira la ventura del jinete,
 Andar sin cinchas y durar encima;
 Vuelve y revuelve, gira y acomete,
 Y con sus voces los demás anima,
 Porque ya todos van por sus pisadas
 Y andaban bien espesas las lanzadas.

La parte de los nuestros se mejora,
 Cosa que pareció ser imposible:
 Victoriosos van, y en esta hora,
 Para ser la victoria mas visible,
 Asomó por sus puertas el aurora
 Con rostro rubicundo y apacible;
 E ya del todo las tinieblas sueltas,
 Vieron los indios las espaldas vueltas.

Prosiguen el sangriento desafío,
 Que la vertida sangre no les basta;
 Antes cobrando todos nuevo brio
 Mucha mas vierten desta dura casta,
 Adonde la pasion del Juan del Rio
 La hizo bien crecida con el asta,
 Dejando por allí la tierra roja
 A causa de la fraternal congoja.

Con estos gloriosos vencimientos,
 Dignos ansí de ser intitulados,
 Pues eran indios mas de diez quinientos,
 Hombres furiosos y desesperados,
 Volvieron á los dichos aposentos
 A curar los caballos fatigados,
 Para luego volver á su reposo
 Por estar el terreno peligroso.

Cada cual su caballo regalaba
 Con grano que hallaron en la villa,
 Y cuando Juan del Rio se apeaba
 En el suelo cayó con él la silla;
 La cincha vieron, y segun estaba,
 Tuvose por divina maravilla,
 E yo que tracto con quien pudo vella
 En esta posesion quiero tenella.

Y no son estas de las vanidades
 Que en los poemas van entrejeridas,
 Porque demás de ser mis propiedades
 Huir admiraciones fementidas,
 Hay tanto que decir en las verdades
 Que no hallan lugar cosas fingidas;
 Y así, nunca jamás fatigué pluma
 En cosa que ser cierta no presuma.

Voy al nivel de la verdad atado,
 Y della discrepar punto no oso,
 Por parecerme tiempo mal gastado
 Mezclar lo cierto con lo fabuloso,
 Pues á causa de ir entreverado,
 Lo verdadero queda sospechoso:
 Muchos lo hacen, pero tal idea
 Menos tiene de bella que de fea.

Conozco que soy torpe coronista,
 Pero de tantas cosas peregrinas
 De muchas soy testigo yo de vista,
 En guerras extranjeras é intestinas;
 Y las que pongo por ajena lista,
 Yo sé que son personas fidedinas
 Aquellas que me dictan lo que escribo,
 Y algunas dellas viven donde vivo.

Para que vean lo que vo escribiendo
 Les damos el cuaderno descubierta,
 Y lo primero que les encomiendo
 Es advertirme siempre de lo cierto,
 Porque pongamos antes el remiendo
 Quel ocular testigo caiga muerto;
 Y acontece sobre un mismo subycto
 Tener diez relaciones de respecto.

Así quel curioso que procura
 Historias verdaderas, esta lea,
 Porque le sé decir que mi lectura
 No dirá cosa que verdad no sea:
 Matices faltarán en la pintura
 Y los colores de la docta dea;
 Mas la sinceridad que represento
 Le servirá de lustre y ornamento.

Volvamos á los válidos guerreros,
 Por quien con gran recato se camina
 A Timaná, donde con piés lijeros
 Llegaron á la hora vespertina:
 Allí hallaron al Luis Mideros,
 Al Francisco Cornejo y al Medina,
 Que son los tres que del recuento agro
 Del Añasco salieron por milagro.

Y en el aspecto dellos bien se via
 El continuo trabajo y el tormento,
 Pues habia pasado quinto dia
 Sin dar á los estómagos sustento,
 Caminando de noche, porque el dia
 En el monte cumplió hacer asiento,
 Los piés descalzados, desnudos los brazos,
 Y los vestidos hechos mil pedazos.

También llegaron en aquel instante,
 O poco antes del Luis Mideros,
 De los cinco que fueron adelante
 Del Juan del Rio, cuatro caballeros,
 Con paso presuroso de portante,
 Desnudos, en la mano los aceros,
 Porque al uno mató la gente fiera,
 Y el caso medió desta manera:

Con priesa que se dieron aquel dia
 Llegaron á las casas del Inando,
 El cual los recibió como solía,
 Personas y caballos regalando;
 También les dijo cómo convenia
 No proceder en lo que van buscando,
 Porque tenia por avisos ciertos
 El Añasco y los suyos estar muertos.

No dejó de temer el mas robusto,
 Y sobre dar la vuelta se porfia;
 Al Pedro de Guzmán no le dió gusto
 Usar de semejante cobardía,
 Demás desto decia no ser justo
 Volverse por lo que un indio decia:
 Los otros, de no menos presunciones,
 Condescendieron con sus opiniones.

Pero no me parece de prudentes,
 Cuando necesidad no los convida,
 Con fanfarronerías de valientes
 Ir á notorios riesgos de la vida:
 Eran las tristes nuevas evidentes,
 Y el indio no habló cosa fingida,
 Antes pura verdad, y no embargante
 Su buen consejo, fueron adelante.

No fué su caminar á pasos lentos,
 Antes apresurando la corrida
 Llegaron á los mismos aposentos
 De do los tres hicieron su huida;
 Mas con especular y estar atentos,
 No descubrieron ánima nacida
 De quien pudiesen colegir respuesta
 O de paz ó de guerra manifiesta.

Perplejo cada cual porque no via
 Salilles á hablar mozo ni cano,
 Bien quisieran (á dar lugar el dia)
 No tener el azar tan á la mano;
 Mas ya la luz de Febo se metia
 En las profundas ondas de Oceano;
 Venian fatigados demás desto,
 Y así fué de velar el presupuesto.

Por cuartos fué la noche repartida,
 Y siempre los caballos ensillados,
 Sin tener cosa mal apercebida
 De las que suelen prósidos soldados,
 Y mas en ocasion tan conocida
 De tantos enemigos rodeados:
 Veló la prima Diego de Mosquera,
 Guzmán á la modorra salió fuera.

A velar el del alba fué llamado
 Juan Vazquez, que es el cuarto que les resta:
 Apeóse Guzmán, porque su bado
 Tenia ya sobrel la mano presta;
 Junto de su caballo maneado
 Sobre los cuerpos de armas se recuesta,
 No por gozar del ocio soñoliento,
 Sino por descargar á su jumento.

Pues aunque fuera ronda centinela
 Que vueltas da por los cercanos senos,
 A todos ellos fué comun la vela,
 De gustos soporíferos ajenos,
 Fijada la hebilla del espuela,
 Los caballos con sillas y con frenos,
 Porque sintiendo mano que lastima
 Puedan con brevedad subir encima.

La roja aurora sus purpúreas puertas
 Abria ya sobre dorado quicio,
 A los mortales dando nuevas ciertas
 De la venida del andor propicio,
 Cuando de las escuadras encubiertas
 Oyó Juan Vazquez tácito bullicio:
 Batió las piernas á manifestallo,
 Y al punto suben todos á caballo.

El Pedro de Guzmán subió de un salto,
 Como quien con soltura se menea,
 No se acordando con el sobresalto
 De quitar al caballo la manea;
 Metióle hierro, mas hallólo falto
 De aquella lijereza que desea;
 Quiso bajar, y vióse rodeado
 De bárbaros por uno y otro lado.

Porque reconociendo ser sentida
 Aquella turbamulta de bestiales,
 No llama de los vientos impelida
 Vuela tanto por secos pajonales,
 Cuanto fué la feroz arremetida
 De mas de cuatro mil lobos cervales,
 Cuyas bocinas y alaridos crecen,
 De suerte que los campos ensordecen.

Como no pudo con los embarazos
 Seguir Guzmán sus cuatro compañeros,
 Descargó la violencia de los brazos
 Con golpes tan pesados y tan fieros,
 Que al caballo y á él hacen pedazos
 Aquellos infernales carniceros,
 Mas hambrientos, voraces y protervos,
 Que sobre muertos multitud de cuervos.

Mirad la presuncion del ser humano
 En qué viene á parar cuando mas osa,
 Y cómo muchas veces de su mano
 Se buscan hombres muerte trabajosa,
 Cómo también Juan de Guzmán, su hermano,
 Aquel que combatió con Espinosa,
 Fuertes, honrados, nobles caballeros,
 Y ambos tuvieron malos paraderos.

Los cuatro que salieron adelante,
 No viéndolo, pararon breves puntos,
 Por la desgracia ser en un instante
 Y el trueno con el rayo llegar juntos;
 Mas en oyendo la tumultuante
 Turba, contáronlo con los difuntos,
 Reconociendo que tenían caza,
 Pues tantos reparaban en la plaza.

Allí se señalaba la Gaitana,
 Que va tras ellos ya con gran bullicio;
 Pero como tenían tierra llana
 Cumplian con el militar oficio,
 Y por usar de condicion humana
 Llevaban por delante su servicio,
 Porque todos corrian detrimento
 Y fueran de los indios alimento.

Acometiéndolo pues y lanceando
 A los que se mostraban con escoco,
 Se fueron retrayendo y alejando
 Deste bestial y duro sobrehueso:
 Llegaron al cercado del Inando,
 Quel pésame les dió del mal suceso,
 Manifestádoles estar corrido
 Por avisallos y no ser creído.

Ellos le dieron su descargo cierto,
Y bien pudieran dallo sin malicia,
Porque se descargaron con el muerto
Que de llegar allí tuvo cudicia;
El buen indio no con intento tuerto
Los sirve, los regala y acaricia,
Y dellos cada cual allí mitiga
El cansancio, la hambre y la fatiga.

Y fuera cierto general ruina,
Si en este tiempo de furor insano
No proveyera la bondad divina
De la fidelidad deste pagano,
Sin dar vaivén su condicion benigna,
Ni contraer jamás la pia mano,
Aunque pudo tener vez oportuna
Para seguir mudanzas de fortuna.

Después que con las obras los consuela
Y palabras de vivo cumplimiento,
Fueron a Timaná, que se recela
De mas encanecido rompimiento;
Y así tenían vigilante vela
Noches y días sin faltar momento,
Por ser notoria ya la desvergüenza
Y el daño mucho con que se comienza.

Habia ido Florencio Serrano,
Primero quel Anasco pereciese,
Con dineros al pueblo Popayano
Para que de ganados proveyese
Este terreno que tenían llano,
Sin que contrariedad se presumiese:
Seis mil pesos llevó para gallos
En puercos, pacos, yeguas y caballos.

Que ya por ser ganancias importantes,
En pueblos ricos y recién fundados
Desde Pirú bajaban contractantes
Con estas diferencias de ganados,
Y de negociaciones semejantes
Todos volvían bien aprovechados;
Hizo pues el Florencio buen empleo
De las cosas que tienen en desierto.

El cual, desde compró lo que quería
Para los militares menesteres,
Volver a Timaná (por otra vía
De la que trajo) son sus pareceres,
Por ser mas llana; y en su compañía
También venían ciertos mercaderes,
Con intención de dar con su manada
En este nuevo reino de Granada.

Porque como supiesen haber puerta,
Aunque con muchas leguas de distancia,
En tierra nuevamente descubierta
Necesitada de la tal substancia,
Siendo primeros, era cosa cierta
Sacar del reino próspera ganancia,
Y ciertamente caudalosa fuera
Si como se pensó les sucediera.

Mas entonces no fueron opiniones
Ciertas al armentario contractante,
Porque tenía varios trompezones
Peligrosos opuestos por delante;
Pero los cudiciosos corazones
Cosa no tienen por exorbitante,
Y las dificultades mas insanas
Se les antojan fáciles y llanas.

Van pues a Timaná veinte personas
Guiadas todas por adverso hado,
Unas para quedar, las otras pronas
Al viaje que tengo recitado:
Llevaban muchos indios yanacas
Por guardas y pastores del ganado;
Al fin hicieron una noche cama
En la quebrada que llaman Pirama.

Los caballos descargan y las yeguas
Para dormir al pié de aquel recuesto,
Sería la distancia de dos leguas
De donde fué el Anasco descompuesto;
Mas el quebrantamiento de las treguas
A ellos no les era manifiesto,
Porque pensaban estos caminantes
Estar de paz la tierra como antes.

Y así los indios del compás frontero
Les salieron de paz, aunque fingida,
El uno (cosa nueva) con sombrero,
Presea del Anasco conocida.
El capitán Serrano, que primero
Tuvo la vista mas apercebida,
Dijo: «No tengo yo por señal buena
Cubrirnos con sombrero la melena.»

Por el mismo Serrano preguntado
Quién le hizo merced de la montera,
El indio respondió disimulado
Quel capitán Anasco se la diera.
«Antes te diera su rucio rodado,
Replica, y esto yo te lo creyera,
Porque su vista, de salud ajena,
Con este recibía menos pena.»

Los indios se partieron en efeto;
Mas el Serrano, como bien curtido,
Dijo: «Señores míos, el discreto
Procure de velar apercebido,
Porque segun lo visto yo os prometo
Que se nos apareja mal ruido,
Y si ya por ventura no me engaño,
En la tierra tenemos mucho daño.»

Respondió Pedro Lopez del Infierno
(Que tal nombre le dan por apellido,
Porque traspuesto por su mal gobierno
Allá dijo que había descendido):
«Un paco de los míos, el mas tierno,
Asegurar podrá nuestro partido:
Velen esas ovejas por su dueño,
Que no me quitará temor el sueño.»

El Florencio Serrano le responde:
«Andaos á decir gracias de continuo,
Que si la luz del sol se nos absconde,
Podría ser con vuestro desatino
Que muy presto bajades adonde
Sabéis, pues anduvistes el camino,
Y quel burlar en vida desa suerte
Os saliese de veras en la muerte.»

El dicho Pedro Lopez todavía
Su caballo mandó poner á gesto,
Y un sobrino de Ampudia, que regia,
A los demás mandó que hagan esto;
Mas no tan juntos como convenia,
Pues se acomodan en diverso puesto,
Y no porque el lugar era muy ancho,
Mas cada cual miraba por su rancho.

Porque quien menos tiene pone tienda
De varia mercancía proveida,
Que se llevaba para su vivienda,
Y no querían vella divertida;
Pero ¿de qué me sirve la hacienda
Si por la reguardar pierdo la vida?
Por cuerdo tengo quien largó la capa,
Si con dejalla de la muerte escapa.

En este tiempo ya se recogía
A los antipodas febea lumbre,
Llevándose tras sí la luz del día
Segun y como tiene de costumbre,
Dejándonos acá la noche fria,
Sombra de la terrestre pesadumbre,
Terrible, pero no de tal manera
Que no sea peor lo que se espera.

El Florencio Serrano, que no duda
Haberseles de dar el alborada,
Estuvo con el espada desnuda
Y la rodela presta y abrazada:
Unas veces se sienta, otras se muda,
En la cabeza siempre la celada,
Teniendo la quietud por enemiga,
Y el miedo tolerando la fatiga.

El violento curso presuroso
Causado por el móvil primero,
Había vuelto ya del mar undoso
La luz resplandeciente del lucero;
El tiempo se llegaba fortunoso,
Y los rigores del asalto fiero,
Hora que toman bárbaras espas
Para venir á dar los malos dias.

Habló Serrano con los compañeros
Que por allí dormían mas cercanos,
«Alerta, alerta! buenos caballeros,
Que la hora tenemos entre manos:
Apretemos en ella los aceros,
Prestos los golpes y los piés livianos.»
Y aun no bien concluyó con sus razones,
Cuando salen bramando los yaleones.

Por todas partes son acometidos:
Rodéandolos va red barrendera;
Las voces atormentan los oídos
Y grita de la gente carnícera;
Los pocos peleaban divididos,
Y no tienen recurso de bandera;
Fáltales orden y el valor les sobra,
Con el cual entran en la mortal obra.

El compás de la tierra mas cercana
Con sangre de los bárbaros se riega,
Y allí llegó la mano castellana
A lo que natural fuerza no llega,
Sustentándose hasta la mañana,
Con ser sobre tres mil en la refriega,
Todos determinados y valientes
Y con tantas victorias insolentes.

Hierve la confusion, y en ella caen
Bárbaros, destroncadados las cervices,
Y no pocos heridos se retraen,
Unos sin dientes, otros sin narices;
Prevalecen al fin esos que traen
Fundamento crecido de raíces,
Y así con cargas de furor horrendo
Se van los españoles consumiendo.

El de mayor vigor se siente laso,
Y fueranlo también los doce Pares;
El número de vivos es escaso,
Inmensas las angustias y pesares,
Los caballos no pueden ya dar paso,
Rotos y traspasados sus ijares,
Caen rendidos á la fatal suerte,
Y con ellos los amos á la muerte.

Porque las mazas de mortales pesos,
O las macanas con que los herían,
Rociaban la tierra con los sesos
De los desventurados que caían;
Mas á vida ningunos fueron presos,
Antes de tal manera combatían,
Que ninguno cesaba del combate
Hasta llegar al último remate.

Y así las resistencias y porfia
Duraron con aquel valor esquivo
Hasta que fueron ya las diez del día:
De todos ellos uno solo vivo,
Que milagrosamente se valía,
Y aun hoy me da razon de lo que escribo,
Y es Florencio Serrano, de quien siento
Que cuenta la verdad en lo que cuento.

A todos consta bien ser su costumbre
Sin interposicion de vil artista,
Y él y Orozco, que me dan la lumbre,
De la dificultad desta conquista
No hablan cosa con incertidumbre,
Antes lo que deponen es de vista,
Y un Arias Maldonado, cuya fama
Otra mas diligente pluma llama.

Con los tres tracto, hablo, comunico,
Y con su relacion me favorecen,
Aunque de lo que dicen y publico
Con humildad sus hechos obscurecen:
Quisiera yo tener talento rico
Para les dar aquello que merecen,
Pero como la parca se detenga
A tiempo lo diremos que convenga.

Volvámonos al Florencio Serrano,
Que solo, como válido y esperto,
Allí pelea con sangrienta mano,
En el cansancio de sudor cubierto;
Pero su buen caballo rabicano
Ya desangrado se le cayó muerto;
La lanza deja, bien ensangrentada,
Y aprovechóse luego del espada.

Estando desta suerte combatiendo,
Demandando favor al alto cielo,
Un caballo llegó con gran estruendo,
Cuyo señor quedaba por el suelo:
Asióle de las riendas, y subiendo
Con tan buen salto que pareció vuelo,
Batió las piernas para la huida,
Y á poco trecho le faltó la vida.

Salió de encima luego, visto esto,
Antes que llegue la caribe saña,
A fin de se subir por el recuesto
Que muy espesa tiene la montaña;
Siguen los indios el alcance presto,
Tanto que no le vale buena maña;
El lamentaba ya su fin amargo,
Y ellos riendo pásanse de largo.

Viendo buena sazón y coyuntura
Y que el bravo furor le daba lado,
La gran fragosidad y la espesura
Del monte tuvo por lugar sagrado:
Entró por ella como lo procura
El ciervo de los perros acosado,
Do le pasaron otras muchas cosas
Que ciertamente fueron milagrosas.

¡Oh! cuántas veces rodeó la frente
Con anteojos confusos y perplejos,
Y pudo mitigar la sed ardiente
Con los licores que le son añejos!
Mas pasa por la frígida corriente
Con el deseo de se ver mas lejos,
Hasta que la tiniebla sobrevino,
Y aun procuró de caminar á tino.

Yendo por los parajes que sabia
Ser para su derrota bien guiados,
Después que ya llegó la luz del día,
Dejando los caminos desusados,
Topó con española compañía
Que traían ansimismo ganados,
Y dándole razon de la revuelta,
Con él á Popayán dieron la vuelta.

Por el semblante pálido que lleva
Se pudo conocer el detrimento:
Ningun vecino hay que no se mueva
A compasion, dolor y descontento;
Pero sabida dél la mala nueva,
Se hizo mas acerbo sentimiento,
Por ser los muertos hombres principales,
Y lo que se perdió gruesos caudales.

Unos lloran la muerte del pariente,
Otros la del amigo y del vecino,
Y el Juan de Ampudia, que es allí teniente
También lamenta la de su sobrino;
El cual en breve tiempo llegó gente
Y á la provincia de Pirama vino
Con cincuenta peones afamados
Y veinte de caballo bien armados.

Cuando Febo por natural carrera
Tenía de los sinos el primero,
Y con la propia vuelta de su esfera
Visitaba los cuernos del carnero,
Año de treinta y nueve de la era
Con mas los quince cientos que refiero,
El Ampudia llegó con los que cuento
Al impio lugar del rompimiento.

El bárbaro que, pronto y avisado,
Vivia, por estar mas á provecho,
En las laderas de un cerro pelado,
Por donde su camino va derecho
En angosto lugar y acomodado,
A mano tienen un gran bosque hecho,
Dentro del cual oculta y emboscada
Copia de gente bien aderezada.

Allí Serrano va, pero repara,
Considerando ser nueva cultura:
Algunos indios fuera hacen cara,
Amenazando con desenvoltura;
Tras ellos van, y buyen como jara
Para metellos en el angostura;
Mas antes de llegar al arboleada,
El que mas cuerdo es atrás se queda.

Uno que procedió menos cobarde,
Sin tener atención á lo que empieza,
Esperimenta del oculto alarde
Lo que suele hacer la dura pieza;
Revuelve luego sin que mas aguarde,
Manando roja sangre la cabeza,
El cual fué tan veloz en la huida
Que la velocidad le dió la vida.

Viéndole revolver de malos modos
Aquellos que quedaban detenidos,
Desordenados revolieron todos
Los unos de los otros impelidos,
Dándose con las manos y los codos;
Unos tropiezan y otros hay caídos,
Y así los indios de los mas cercanos
Un español ovieron á las manos.

Acude Juan de Ampudia por librallos
Con toda la posible lijereza,
Aunque para correr con los caballos
Les da poco lugar el aspereza;
Los bárbaros por bien han de dejallos
Por ir á mas segura fortaleza,
O por se contentar con aquel muerto
Que les tomaron en el desconcierto.

Y con ser brevecilla la tardanza
En aqueste latíbulo primero,
A uno de caballo se abalanza
Un esforzado bárbaro lijero,
Y de las manos le quitó la lanza,
No sin gran confusión del caballero.
Por ser aquellos pasos de tal arte
Que para la cobrar nunca fué parte.

Ellos al fin pasaron la quebrada
Y asentaron real en tierra llana
Con buenas velas, y á la madrugada
Los veinte de la gente mas lozana
Se fueron á poner en emboscada,
Donde tomaron, clara la mañana,
Seis gandules que van por el sendero
Y entrellos aquel indio del sombrero.

Al campo los llevaron maniatados,
Adonde procedieron por justicia,
Y fueron en efecto castigados
Por sus atrevimientos y malicia,
Siendo de muchas cosas preguntados,
Entre las cuales les dieron noticia
Estar muchos caciques en su junta
Una legua de allí tras cierta punta.

Hízoles el temor que se prevengan
Para contravenir con antiuada,
Y por no les cumplir que se detengan
En dar la traza mas proporcionada,
Determinaron ir antes que vengan
A dar adonde están el alborada,
Pues tendría la bárbara pujanza
Algun descuido por su confianza.

El campo se quedó do se tenía,
Con Juan de Ampudia, principal regente;
Fué con cuarenta Francisco García
De Tovar, en las armas excelente,
Y demás de su grande valentía
Circunspecto varon, sagaz, prudente;
Y el sol entrado ya por el ocaso
Vieron los fuegos en un campo raso.

Adonde concurrió la muchedumbre
De aquellas serranías y fronteras,
Usando como tienen de costumbre
La destemplanza de sus borracheras,
Siempre que dan guerrera pesadumbre
A gentes naturales ó extranjeras:
Con la tiniebla pues á la malina
La gente castellana se avecina.

Van algo separados de sus huellos
Delante dellos dos sueltos peones,
Oídos prontos, táctos resuellos,
Con gran tiento mudando los talones,
Hasta poner la vista ya sobrellos,
Tanto, que percibían sus cancionas
Donde bebiendo cuentan sus proezas
Y de los españoles las flaquezas.

Bien explorados del cercano viso,
Bajos los cuerpos como convenia,
Atrás volvieron para dar aviso
Al Tovar y á la gente que venia;
Mas en aquel instante dar no quiso
En ellos, antes algo se desvia,
Hasta que el soporífero beleño
Del vino les agrave mas el sueño.

Jinetes y peones fueron velas,
Lanzas prestas, desnudas las espadas,
Vestidos escolpíes, las rodelas
Embrazadas y puestas las celadas,
Hasta tanto que vieron las candelas
Faltas de resplandor y amortiguadas:
Indicios manifiestos que señalan
Cómo profundos sueños los regalan.

Luego para llegar los espolea
Acomodado tiempo y oportuno,
No con tal movimiento que se crea
Hollar aquel lugar varon alguno,
Pero tan sin rumor cual se menea
Con calma muerta golfo de Neptuno,
Hasta que vieron bultos de fieles
Bárbaros que velaban por cuarteles.

Tocean al arma para lo que resta,
Que es venir á las manos sin tardanza;
Mas su preparacion no fué tan presta
Cuanto la punta de cristiana lanza,
Que con sangrientas obras manifiesta
El deseo que trae de venganza,
Diciendo ¡Santiago! Santiago!
Dando principios al cruel estrago.

Los bárbaros del sueño se enajenan,
Y á los que quieren impedir el daño
Los que huyendo van los desordenan
Y caen en las redes del engaño:
Crece la confusión, los gritos suenan,
Revueltos como suelen en rebano
Las ovejas de lobos salteadas,
Que ya van juntas, ya descarriadas.

¿Quién os podrá decir lo que hacia
Cuando con dura lanza los aqueja
El valeroso Francisco García
De Tovar, que la tierra dura deja
Blanda, pues de la sangre que vertia
Corre la superficie conveja,
Sin dar lugar á paez ni yalcones
A que puedan formar sus escuadrones?

Y todos los demás andan gallardos
Ansi jinetes como los infantes,
Con manos prestas y los piés no tardos
Al dar de las heridas penetrantes:
Ya huellan por paveses y por dardos,
Por cabezas y miembros palpitanes,
Acudiendo con suma diligencia
Adonde ven alguna resistencia.

Al encuentro con gente que acaudilla
Un cacique salió llamado Meco,
Y el valiente Tovar en la rencilla
El hierro que metió no sacó seco,
Pues la lanza rompió por la tetilla,
Y de allí no paró hasta lo hueco:
Cayó con el dolor de la herida,
Y en el profundo dió mayor caída.

En otros muchos maculó la lanza,
Por cuya causa los de aqueste bando,
Pareciéndoles mal mucha tardanza,
A gran prisa se fueron deslizando;
A questo mismo hizo Pigoanza
Por inculto camino rodeando,
Mas entonces la gente que lo pisa
Fué tanta que á tres leguas se divisa.

Cuando de la region de los argivos
El sol trajo su luz á nuestros puertos,
El campo quedó libre de los vivos
Y lleno y ocupado de los muertos:
No siguen á los indios fugitivos
Mas de por los lugares descubiertos,
Donde muchos andaban embebidos
En despojar el oro de caídos.

Como muchos huan con herida
O ya por el ijar, ya por el pecho,
Y antes que diesen la mortal caída
Podían caminar algun buen trecho,
Un español salió de la medida
Al lugar do pensó hallar provecho,
Y en vez de la ganancia que procura
El misero halló la sepultura.

Porque cuando las manos embaraza
En quitar á defunto cierta pieza,
Un abscondido vivo hizo chaza,
Pues los nervosos brazos endereza
Y descargando la terrible maza
Le hizo dos pedazos la cabeza:
Fué con aquel azar turbia y aguada
La victoria de todos estimada.

Avisaron al campo peregrino
Del buen suceso, sin inconveniente
Otro quel dicho, por el desatino
Y cudicia notable del paciente;
El capitán Ampudia luego vino
Con mas caballos y la demás gente,
Que con las condiciones de la guerra
Corrieron por allí toda la tierra.

Entró hasta los paez la contienda,
Nacion guerrera y en estremo brava,
Adonde no hicieron la hacienda
Tan á su gusto como se pensaba,
Por hallar quien la tierra les defienda,
Proveida de tiros el aljaba,
Y tal bravosidad y pertinacia
Que no fué de los nuestros sin desgracia.

Porque en batalla dura tan reñida
Cuanto deseo de vencer ordena,
Al Juan de Ampudia dan una herida
Que del cuello rompió la blanda vena,
Y á pocas horas exhaló la vida:
De que se recibió crecida pena,
Por ser un valeroso caballero
Y en armas y consejo marte fiero.

No sin recelo de mayor ruina,
Como ya por momentos los asechen
Escuadrones de gente convechina
En pasos puestos que les aprovechen,
Francisco de Tovar se determina
Salir de Paez antes que los echen,
Y así desampararon sus terrenos.
Y á Popayán llegaron todos buenos.

Dejemos estas gentes descontentas
Haciendo por Ampudia sentimiento,
Y á guerras mas crueles y sangrientas
Vuelva mi peregrino pensamiento;
Pues los que en Timaná tienen sus rentas
Piden la reflexion de mi talento,
Para que con prolijo canto diga
La gran prolijidad de su fatiga.

CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron.

Ningun animal hay de su cosecha
Tan cruel, tan protervo ni tan fiero,
Cuanto flaca mujer, si se pertrecha
(Para vengarse) de furor severo;
Y aun con matar no queda satisfecha,
Siendo de las venganzas lo postrero,
Pues muchas dellas con los cuerpos muertos
Usaron detestables desconciertos.

Estas costumbres son de largos años
Entre mujeres varias insolentes,
No solamente para con estranos
En nacion y linaje diferentes,
Pero también se estienden estos daños
A los padres, hermanos y parientes,
Porque su crueldad y su demencia
Caminan sin que hagan diferencia.

Destá bestialidad testigo sea,
Sin que de mas hagamos escrutinio,
El torpísimo hecho de Medea,
O de Tulia la hija de Tarquinio,
O Scila que por apetencia fea
Quiso quitar al padre su dominio,
Con otras cuyo pecho furibundo
Causó notables daños en el mundo.

Y si por causa débil y liviana
Aun suelen concebir odios mortales,
¿Qué podremos decir de la Gaitana
Revestida de furias infernales?
Contra la poca gente castellana
Convoca multitud de naturales,
Y para que mayor venganza vea
A todos los aguija y espolea.

Nunca jamás siguieron al de Tracia
Tantos absortos en sus dulces sonos,
Cuantos á ella, vista su desgracia,
Querellas, lloros y lamentaciones:
No faltaban razones y eficacia
Que mueven los humanos corazones;
Y así tanto valió con estas gentes
Que de su voluntad están pendientes.

Teniendo pues la voluntad ganada
Hasta del mas lejano señorío,
Habló con Pigoanza la malvada
Y en la resolucion lo halló frío,
Poniendo por excusa la pasada
Donde Meco murió, que era su tío;
Pero la mala vieja macilenta
Con aquestas razones lo calienta:

«Caro señor, el amistad estrecha
Y nuestro parentesco me provoca
A decir lo que á todos aprovecha
Y para bien comun abrir la boca;
Pues en particular yo satisfecha
Estoy de la venganza que me toca,
Por tu bondad y por tus beneficios,
Sin que lo mereciesen mis servicios.

»Pero de aquellos polvos tales lodos
Han resultado de una y otra banda,
Que ya no va por mi sino por todos
El llevar adelante la demanda;
A todos cumple menear los codos
Y á ninguno mostrar la mano blanda,
Siendo de condicion el enemigo
Que nunca se descuida del castigo.

»Las afrentas y muertes de varones
Como se vean con mayor pujanza,
No las han de dejar entre renglones
Asegurándose con la venganza;
Y consta que sus odios y pasiones
Tienen de descargar en Pigoanza,
Por regirse por él toda la tierra
Y ser el nervio duro de la guerra.

»Y si por caso, lo que Dios no quiera,
De paz ó guerra caes en sus manos,
Reconocida tienes la manera
Del castigo que dan estos tiranos:
Vivos en ardentísima hoguera
Los sepultan por casos muy livianos;
Pues considera si serán mas justos
Contigo que les das tantos desgustos.

»Estos son los regalos y mercedes
Que hacen á quien es mas obediente;
Y así circuncidar aquestas redes
Será de valeroso y de prudente:
Ninguno mas que tú pues solo puedes
Librarnos de tan mal inconveniente;
Tantea, mira, piensa bien los modos
Porque tu voluntad es la de todos.

»Cuantos quisieres entran en la liga,
Y de su general tienes los votos;
Ninguno dellos hay que no te siga
De los cercanos y de los remotos;
Tardanza solamente los fatiga
Y no desmayan los que fueron rotos,
Por ser aquel un caso repentino,
Sepultados en sueño con el vino.